

silencio de los sepulcros, para citar al juicio universal á los áridos despojos de la humanidad, dando por natural resultado tan ardiente celo, el que miles de pecadores detestando sus errores, corriesen presurosos á purificarse con las saludables aguas de la penitencia. Si combate á los heresiarcas, es un Ezequiel en la severidad de su tono. Si se dirige á los ignorantes es un Amós en la sencillez y en la claridad de su lenguaje. A presencia de los grandes se halla animado del espíritu de Elias, y los hombres versados en las ciencias, créense trasportados á la cuna del cristianismo, y que escuchan los inspirados discursos de un San Pablo, ante el Areópago de Atenas.

Trabaja, señores, el laborioso é infatigable labrador y riega con el sudor de su frente la tierra que cultiva: empero no recuerda sus trabajos y se llena de regocijo cuando vé henchidos sus graneros. Antonio es un celoso é infatigable cultivador del campo del Padre de familias, Cristo Jesus, y su único deseo aumentar el número de sus adoradores: ¿y consiguió los frutos que anhelaba? Do quiera que arrojaba la semilla de la divina palabra, fructificaba con la mayor rapidez y abundancia. Dígalo Padua que le fué deudora de innumerables bienes, y donde tantos prodigios obrara su predicacion. Cada palabra suya era una gota de aquella uncion sagrada que suaviza la indolencia de los corazones, ó una flecha que traspasa los mas endurecidos. Antonio predica, y los mas encarnizados enemigos deponen sus enojos y verifican una cristiana reconciliacion: el órden, la paz y la quietud, suceden como por encanto el desórden y las discordias: los lugares santos son mirados

con el mayor respeto, los sacramentos se frecuentan, y avergonzado el vicio, huye y deja su puesto á la piedad y á las virtudes. Hace conocer la inconstancia de las cosas del mundo, á cuyos atractivos quita la máscara que les cubre: habla de las dulzuras del cielo y del modo de conseguirlas, y los claustros se pueblan de moradores, que todo lo abandonan por ganar á Jesucristo. Habla enérgicamente de los castigos de la otra vida, y aqui vereis un ministro del santuario que muere anegado en las lágrimas de la contriccion: allí un hijo que reconociendo la gravedad del pecado á que le habia arrastrado su soberbia, se amputa el pié con el que habia ofendido á su Madre. ¿Que mas pudiera deciros? Bandidos que dando de mano criminales ocupaciones, se postran ante él vertiendo un torrente de amargas lágrimas: Magdalenas que aterrorizadas de sí mismas se despojan de sus mundanales galas y de aquellos ficticios adornos que formaban la red de la inocencia, dirigiendo ya sus pasos por los senderos de la justicia: Jaqueos injustos que voluntariamente sustituyen lo que mal habian adquirido, para tranquilizar de este modo sus conciencias, hechos son que nos demuestran el fruto de su Apostolado, el milagro de su predicacion, pues que renovando á Padua en el espíritu de Dios, logra hechar por tierra los muros de esta soberbia Jericó, edificando una ciudad santa, sobre las ruinas de una prostituta Babilonia.

¡Ah, señores! Si nos fuese dado trasladarnos en este momento á los dias de Antonio y seguirle en sus espediciones apostólicas, le veriamos ser escuchado en las plazas y en los campos por auditorios de quince y veinte mil oyentes, que interrumpen á cada

paso sus elocuentes sermones por el murmullo que forman los suspiros y clamores en que prorumpen, movidos por el mas sincero y verdadero arrepentimiento. ¡Qué espectáculo tan consolador! Antonio acaba sus sermones, y en tan numerosos concursos no se oyen otras voces que las producidas por el dolor y la amargura, y si en los primeros siglos de la Iglesia veíase á muchos cristianos hacer penitencias públicas ordenadas ó mandadas practicar por los ministros del Sacramento de la Penitencia, en los días de Antonio y por un efecto de su predicacion, se practican, no por obediencia, sino voluntariamente penitencias públicas y sangrientas. Antonio es el ángel del Señor que pone en movimiento las aguas de la mas saludable piscina para que en ella cure de su lepra el mundo paralítico y enfermo.

La Iglesia santa, que como una amante Raquel lloraba inconsolable la pérdida de sus desventurados hijos, se llena ya de un justo regocijo, pues que este vástago ilustre de su fecundidad, reanima y vivifica á los que se hallaban muertos por el pecado, por el error y por el cisma: y si antes por atrevidos herejías se ultrajaba á la divinidad, se combatian los dogmas y se hacian pulular las mas erróneas y funestas doctrinas: por la voz de Antonio, se santifican los pueblos, y se destruyen los errores, como á la voz de Pedro, temblaban sobre sus pedestales y caian por tierra los falsos dioses del imperio.

Tales son, mis señores, los principales y mas gloriosos triunfos de la predicacion de Antonio, y si la herejía cae á sus piés en la persona de Bonaville; si un irracional rinde á Jesucristo Sacramentado la adoracion que le negara un hombre dotado de razon; si

el tirano Ezelino, azote de la Italia, reconoce sus maldades, rindiéndose á la voz de este humilde religioso ¿no reconoceremos en él, todas las cualidades del verdadero Apóstol? Sí: en él brillan de un modo admirable, como resplandecen las que son propias de los Profetas.

En efecto: el espíritu de Elías, de Ezequiel, y de Isaías resucita en Antonio, y el velo que cubre á la inteligencia del hombre los sucesos futuros se abre ante sus ojos para que pueda anunciarlos al mundo. Ilustrado su entendimiento con divina inspiracion, penetra los mas ocultos secretos del corazon humano, y á su espíritu de Profecía, acompaña el discernimiento de espíritus y el don de lenguas. Nada mas sabido por los cristianos que los hechos admirables y los milagros del glorioso Antonio. Si se halla afligido el espíritu de un Prelado, asaltado por terribles dudas, Antonio penetrando su corazon, le vuelve la tranquilidad con el conocimiento. Si un novicio se vé asaltado por tentaciones que le arrastran al precipicio, Antonio que conoce su secreto, con una sola palabra, serena la peligrosa borrasca que amenazaba la vida de su alma. Si en los numerosos auditorios que escuchan sus sermones, se encuentran gentes de diferentes naciones, Antonio no obstante predicar en lengua toscana, es comprendido de todos, como si predicase á la vez en cada uno de los idiomas. Si estando en Pádua, sabe los infortunios que sufren en Lisboa sus amados padres, apareciéndose milagrosamente en aquella capital, hace hablar á un difunto, y salva la vida de aquel á quien debiera la suya. Si por último penetra los negros pensamientos de un consorte que guiado por caprichosos celos

intenta dar muerte á su esposa, Antonio pone en movimiento la lengua de un recién nacido infante que declarando la inocencia de su Madre, desarma las venganzas del padre injustamente enfurecido. No hay gracia, no hay don, no hay virtud que no acompañe á su espíritu de Profecía.

Parece, mis señores, que el Cordero ha colocado abierto en manos de Antonio el libro de la vida cerrado desde la eternidad con siete sellos. El secreto de la predestinacion de los hombres, misterio escondido que nadie ha podido investigar, se presenta sin velos delante de sus ojos. El lee en aquel sagrado volumen el catálogo de los predestinados, y en el número de los mártires, ve registrado un tierno infante y á un curial entonces licenciado, á los cuales tributa sus obsequios, mirando con santa envidia la preciosa aureola que mas tarde habian de ceñir en sus sienes, felicidad por la que él habia anhelado desde su mas tierna edad.

¡De que modo tan admirable se ostentan las riquezas del Dios Omnipotente en este su amado y humilde siervo! Permite el Señor que cual otro Ezequiel vea á través de los dias la reparacion del templo, esto es, la magnificencia y suntuosidad de aquella iglesia que Pádua habia de dedicar á su nombre, y que es justamente considerada como obra maestra de la piedad, de la arquitectura y de la opulencia: vé el concurso numeroso de príncipes y magnates, de grandes y pequeños que como en tropel habian de acudir á su templo, y se presentan á su vista la multitud de altares é imágenes suyas que repartidas por toda la estension del mundo cristiano, habian de ser objeto de

veneracion para los fieles. Arrebatado en espíritu cual otro Isaías, vé la vocacion de las gentes, que con religiosa pompa habian de acudir á visitar sus reliquias y sepulcros, ante el cual depositarán magníficas promesas; todo lo vé con distincion este admirable Profeta, á quien conviene tambien el dictado de Doctor.

Y lo fué, señores, y tan honroso título lo recibe del serafin llagado, de Francisco de Asís, su Padre y Hermano, que penetrando á fondo el espíritu de Dios que le enaltece, le instituye Doctor y primer maestro de su religion, mandándole que enseñe á sus hermanos la ciencia de la religion. San Buenaventura, que admira en Antonio la ciencia sagrada de que está poseido, le consagra los mas elocuentes elogios, y el oráculo de la verdad, la cabeza suprema de la Iglesia, el Pontífice Gregorio IX, contempla su sabiduría y no duda llamarle *¡Arca del Testamento!* Ah, señores, ¿Qué doctor ha recibido una alabanza tan eminente, ni menos sospechosa, ni mas bien merecida? Antonio es el Arca del Testamento, el archivo de la Divina Sabiduría; tal elogio pronunciado por el Maestro de los maestros es ciertamente el mayor con que puede honrarse á un sábio. No busquemos comparaciones en la ciencia imperfecta ó defectuosa de los hombres, ni tratemos de explicarla con nociones creadas; necesario nos es recurrir á las ideas de Dios para darnos la de su sabiduría y anunciarnos aquella ciencia santa, pura é inmaculada de que estuvo ilustrado su espíritu. Su corazon puede decirse que fué un animado archivo de toda la ley de Dios; su memoria un arca

santa que encierra la historia, la moral y cuanto de grande y sublime se contiene en ambos testamentos, penetrando su ilustrado espíritu con la mas profunda comprension los ocultos misterios y sacramentos de la Escritura Santa. Su siglo posee en el espíritu de su doctrina lo que no poseyó la Sinagoga sino en la corteza de la letra, y cual otro Esdras, tuvo tan reservada en su corazon la ciencia de los santos libros, que para restituirlos á su integridad primitiva, no le faltó á este nuevo Esdras, en comun sentir de escritores, otra cosa que la ocasion del primero, ó que habiéndose perdido los originales, la obediencia le hubiese encomendado su restauracion. Con razon, pues, el Sumo Pontífice que le eleva al honor de los altares, hace que la Iglesia le dirija esta plegaria: «Dignaos lumbrera de la Iglesia santa, interceder á favor nuestro ante el sόlio de la sabiduría increada. *O Doctor óptime, Ecclesice santo humen, Beate Antoni.*

Si os quereis persuadir, mis señores, de que ni la mas mínima exageracion envuelven estos elogios, leed sus obras que el tiempo ha conservado, y no podreis menos de dar ascenso á mis palabras y aun confesar que soy parco en alabanzas. Leed con detenimiento aquella obra, riquísima de fondo y erudicion, que escribiera para facilitar las tareas del púlpito y que dividida en cinco libros, la intituló *Concordancias morales*, y vereis cuantos secretos tiene la naturaleza, la gracia y la gloria, las pasiones, los vicios y virtudes, sus grados, órdenes y gerarquías, deducidas con admirable facilidad y destreza, fundado todo en los mas oportunos luga-

res de la Escritura Santa. Esta obra sola, es una biblioteca completa para el encargado de predicar el Evangelio. Leed su *Exposicion mistica sobre ambos Testamentos*, y descubrireis un inagotable tesoro de sabiduría. Su *Coleccion de sermones* respira claridad, erudicion y grandeza de ideas, que no pueden menos de llevar el convencimiento á la inteligencia menos privilegiada. Bolonia conserva con el mayor aprecio y cual rico tesoro, el original de su *Glosa moral sobre el Psalterio*, libro escelente en el que resplandece la verdadera imágen de la doctrina de Jesucristo, y la Santa y Patriarcal iglesia de Sevilla, rica en preciosos monumentos conserva inédita y cual reliquia, su pasmosa obra *Incendio del Divino Amor*. Al leer tan precioso documento se nota mas bien que la obra de un hombre mortal, la revelacion de un serafin celeste. Aquel lenguaje afectuoso, dulce, persuasivo, se insinúa blandamente en los corazones é inspira de una vez la piedad al sábio, la doctrina al piadoso, el amor á todos los mortales. No lo dudeis, mis señores, sobre el alma del que lee tan precioso tratado, parece que se derrama una uncion santa é imperiosa que la conmueve y liquida en el fuego del amor divino. Parece, oh Dios mio, que le habeis encargado la comision de proporcionaros fieles amigos y constantes adoradores en la tierra, comunicándole á este efecto el secreto infalible de conseguirlo! Si en concilio se consigna que ningun sábio habia penetrado mejor que San Gerónimo, la ciencia de la Escritura Santa, respetando cual es debido tan infalible oráculo, creo que podré poner en segundo lugar á San Antonio, puesto que este

fué su estudio privilegiado, y la continua materia de su meditacion, y sin pretender examinar si ha habido talentos más universales, ó de mas estensa erudicion, no puede dudarse que en estudio de la Escritura Santa, es uno de aquellos talentos mas sobresalientes que de tarde en tarde producen los siglos. Penetra la oscuridad de sus misterios, des- envuelven con suma facilidad sus secretos, acomoda oportunamente sus espresiones en lo litoral y en lo místico; ilumina con los mas vivos colores sus imágenes y las refiere con utilidad á la conducta de los fieles: ora demostrando en sus esplicaciones la claridad de Moisés: ora presentándose sublime como David: tan pronto misterioso como Salomon ó sencillo como los Evangelistas, es semejante á todos cuando lo exige la ocasion ó la materia.

Empero yo me he colocado en un terreno asaz dificultoso. Por mas que me halle ganoso de satisfacer vuestra piedad y religiosa curiosidad, ¿cómo pudiera daros una perfecta idea de sus discursos, sin estar adornado de su ingenio, y antes por el contrario encontrándome desnudo de saber y de elocuencia? Sus obras son su mayor elojio, y ellas y sus hechos todos, nos testifican que Antonio fué un Doctor iluminado destinado por Dios para ser luz de su siglo al que alumbró con su ciencia y sus virtudes.

¡Las virtudes de San Antonio! Tan solamente podremos tocarlas como de paso, pues qué si hemos podido vadear el caudaloso rio de su sabiduría, tal vez titubearemos de temor al pretender sondear el hondo océano de la piedad que le enaltece. Con solo abrir la historia de su vida, y pasar la vista por sus

preciosas páginas le veremos como un hombre de santidad universal. Si le examinamos en su vida interior, veremos un ángel en la tierra, cuya pureza sin mancha es blanca como las estolas lavadas en la sangre del Cordero, cuya humildad profunda le hizo conservar por mucho tiempo bajo las apariencias de necedad un fondo extraordinario de sabiduría. Si le seguimos en el cláustro, veremos un hombre muerto á sí mismo, por el rigor de los ayunos, vigiliias y maceraciones, no menos que por una sumision profunda á sus superiores: un hombre que sufre con alegría de espíritu grandes persecuciones por la justicia, y con serenidad de ánimo, injurias y afrentas á la presencia misma del soberano Pontífice. En el trato con sus hermanos es afable en su conversacion, grave sin afectuacion, circunspecto sin aspereza, compasivo en los males agenos y sellados sus lábios con un silencio tan profundo, que no puede romperle ni la sospecha general de que es un hombre inútil, ni el desprecio que algunos hacen de su persona. Su estudio comienza por la oracion, es santificado por la pureza de su deseo, que no es otro que ser útil á sus hermanos, cuidando de aprender á ser santo antes que sábio, teniendo siempre presente que el principio de la sabiduría es el amor santo de Dios, y que no hay ciencia mas útil que la ciencia de salvarse. Si en suma, le seguimos al templo, le veremos postrado al pié de los altares, penetrado de los mas vivos sentimientos de piedad. Allí se postra con Moisés, ama con Jacob, sacrifica con Abraham, anda con la esposa de los cantares, contempla con San Pablo, y se recrea con el mismo Jesucristo, que en forma de hermoso niño le colma